

ello muy respetado de todos; tanto, que el capitán Francisco Vázquez Coronado tenía mandado a sus soldados que se destocasen cuando oyesen el nombre de fray Juan de la Cruz; grande certinidad de su mucho merecimiento y de que Dios le daría en su gloria el premio de los trabajos que por él padeció en la tierra.

CAPÍTULO IV. *De fray Bernardo Cosin y fray Juan de Tapia y otros religiosos que fueron martirizados*



ABIENDO PROBADO CON SUFICIENTE AUTORIDAD, de quien no lo podía ignorar que fray Bernardo Cosin no fue el primero que murió a manos de chichimecas, quise poner a fray Juan de Padilla, después de fray Juan Calero y de su guardián en el tercero lugar, porque sucedió su muerte casi en un mismo tiempo; y de fray Bernardo no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otra noticia más de que era de nación francés y religioso celosísimo de la salvación de las almas; y se verifica bien, pues deseando convertirlas al conocimiento de su criador con ferviente espíritu, no dudó de meterse la tierra adentro entre los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia la serranía que nombran los españoles la Nueva Vizcaya adelante de las minas de los Zacatecas, llevando consigo algunos indios amigos y de paz que le acompañaron; pasó por aquella serranía con mucho trabajo y peligro, evangelizando el reino de Dios que es la obra a que vino Cristo, como dice el profeta Isaías,<sup>1</sup> y por San Lucas<sup>2</sup> las refiere de sí mismo el mismo Señor, diciendo: fui enviado al mundo a evangelizar a los pobres y a sanar los contritos y quebrantados de corazón, predicando a los cautivos (como en el mismo lugar dice Isaías) a aquellos que están aherrojados con grillos de pecados y anegados en las tinieblas de la ciega idolatría.<sup>3</sup> Esto, pues, iba haciendo este celoso ministro de la honra de Dios, predicando como otro San Juan bautismo y penitencia a aquellos serranos que no sabían de uno ni de otro, ni sentían de Dios verdadero nada y conocían la deidad muy vil y bajamente, pues aun de aquello que reconocían por Dios no tenían casi estimación, ni reverencia. Sucedió que le encontraron ciertos indios bárbaros infieles, y enarcando sus arcos y tirando flechas para matarlo, las flechas se tornaban a los que las tiraban, sin llegarle al santo al hilo de la ropa; porque quería Dios que aquellos bárbaros que no entendían su majestad y grandeza por la palabra del Evangelio, que su siervo les andaba predicando, conociesen su poderío, por ejemplo manifiesto y claro retornándoles las flechas con la misma violencia y fuerza con que las enviaban; por como obstinados y pertinaces en su malicia, como otro Faraón, que tenía endurecido el corazón, por lo cual no hacía caso de las maravillas que Moisés obraba en su presencia

<sup>1</sup> Isai. 61.

<sup>2</sup> Luc. 4.

<sup>3</sup> Math. 3.

con el poder de Dios; así éstos no atendieron a que era mano poderosa suya la que les volvía las saetas por el aire; y prosiguiendo con su ánimo bestial para no convertirse, se fueron admirados y confusos, y lo dejaron. Llegó hasta el valle, que dicen de Guadiana, donde reparó y se detuvo en el ejercicio que llevaba de la predicación evangélica. Y entendiendo en esta obra, al cabo de algunos días, lo mataron aquellos ingratos e inhumanos bárbaros, no dando lugar al demonio (por permisión divina) para que por entonces saliesen de su poder y cautiverio; porque como mercenario y ladrón que acomete a hacer presa al ganado ajeno, habiéndose visto sin éste, que en toda la mexicana y otras naciones sus conjuntas, por la misericordia de Dios, le habían quitado los ministros evangélicos que le andaban haciendo guerra, desterrado como príncipe tirano y echado fuera, solicitaba los corazones de aquellos desventurados indios, y los guardaba con grande cuidado por ser ya pocos los que le quedaban en las tinieblas de la idolatría, por esta Nueva España; aunque después, por discurso de tiempo, vinieron muchos de ellos a la confesión de nuestra Santa Fe, y creencia cristiana, recibiendo el bautismo.

En el año de 1555 mataron cruelísimamente los bárbaros chichimecas a dos frailes menores; que como en aquel tiempo no se advirtió en inquirir sus nombres, en la de ahora por la injuria de los tiempos no hay quién los pueda saber, más de que el uno era sacerdote y viejo, y el otro fraile, mancebo; lo que de cierto sabemos es que muriendo por la fe de Jesucristo (como se entiende que murieron) sus nombres están escritos en los memoriales de Dios y puestos en los registros de los cielos, y de esto nos debemos gozar como lo aconsejó Cristo señor nuestro a los discípulos que vinieron a darle cuenta del fruto que habían hecho. Y será posible que en otro algún tiempo se vengan a saber; como aconteció de los cuatro Coronados que por no saber sus nombres fueron conocidos con solo éste, hasta que Dios los manifestó y dio noticia de ellos.

En el año siguiente de 1556 entró por el valle de Guadiana, adelante de las minas de los Zacatecas, fray Juan de Tapia, hijo y profeso de la provincia de la Concepción (que es la de Valladolid) predicando a los bárbaros naturales de aquella tierra y el Evangelio y palabra de Dios. Este padre bienaventurado, llegando a mejor sazón que su antecesor, fray Bernardo Cosin (porque era la que ya Dios tenía determinada para la salud de algunas de aquellas almas) fue oído la primera vez como otro San Pablo en Atenas, predicándoles el artículo de la Resurrección y teniendo suspensos a los oyentes con la grandeza de la doctrina que les predicaba le oyeron otro día (como también los atenienses al Apóstol)<sup>4</sup> y otros algunos más; y ayudado con la eficacia del Divino Espíritu que favorecía a Paulo hizo este siervo de Dios mucho fruto en ellos, y bautizó diez mil indios en poco tiempo; y hecha esta memorable obra volvió a la ciudad de Guadalajara, cabeza de aquel obispado de la Nueva Galicia o Xalisco, al capítulo que entonces allí se celebraba a dar cuenta y razón a su prelado de lo que deja-

<sup>4</sup> Ac Apost. 17.

ba hecho. Trajo consigo muchos indios chichimecas de los recién convertidos, como los exploradores de la tierra de promisión, el racimo de uvas para alentar a los de su pueblo a la entrada en ella; para que viendo por sus ojos el prelado la necesidad que aquella gente tenía de doctrina, movido de compasión le diese licencia para volver entre ellos y proseguir su intento que era la conversión de las almas. Fuele concedida la licencia para ello; y volviendo segunda vez a esta su empresa y obra de caridad, en el camino, cuatro leguas de Zacatecas, lo flecharon y mataron unos bárbaros, llamados cuachichiles, hincado el siervo de Dios de rodillas y con un crucifijo en las manos. Fue fray Juan religioso de muy loable vida y observante de su profesión, y de grande espíritu y celo de la conversión de los infieles, en la cual se ocupó mucho tiempo hasta que fue muerto por ellos; ayudándole en tan santa obra el indio Lucas, uno de los donados de quien arriba se ha hecho mención. Enterraron a fray Juan en el convento de Zacatecas, custodia que era entonces de esta provincia del Santo Evangelio.

*CAPÍTULO V. De fray Francisco Lorenzo, de su santo celo y ocupación en la conversión de los infieles, en la santa provincia de Xalisco*



FRAY FRANCISCO LORENZO FUE NACIDO y criado en la ciudad de Granada, de padres nobles, según la carne. Recibió el hábito de religión en la orden de nuestro padre San Francisco, de edad de diez y ocho años. Antes de entrar en ella dio cuenta de lo que determinaba hacer a sus padres, por que fuese con su beneplácito y bendición. Hízoseles de mal a los padres el intento de su amado hijo, por no tener otro sino a él solo. Y porque no lo pusiese por obra ordenaron de casarlo luego; y para ello buscaron una doncella, hija de un noble vecino de aquella ciudad. Tratado el casamiento y concertado a contento de ambas partes y señalado el día en que se había de efectuar el prudente mancebo, guiado por Dios que le quería para las bodas del cielo, después de haberle servido en su santa casa el tiempo de su vida, no le puso en voluntad que consintiese; disimuló con sus padres, vista la priesa que se daban, hasta llegar el tiempo del matrimonio. El mismo día de él, vestido de vestiduras de boda se fue al monasterio de San Francisco de la dicha ciudad de Granada, y en él recibió con mucha humildad y devoción el hábito de religión. Pasados algunos años después que loablemente conversó con los religiosos de aquella provincia, siendo ya sacerdote con celo de la conversión de los infieles y salvación de sus almas pasó a estas partes de la Nueva España, donde padeció inmensos trabajos discurriendo a pie y descalzo por tierras incultas y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos, de día y de noche, muy penosos y nocivos, caminos fragosos, espantosos de ver y dificultosos de pasar, sierras de mucha aspereza y tan encumbradas que como otro Atlante que fingieron los poetas, parecen sustentar los cielos.